



SE IMPRIME
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR, 149
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sábados
POR LA TARDE

EL CLAMOR PÚBLICO

SUSCRICIÓN

Por un año	\$ 10.00
Por seis meses	" 5.50
Por un mes	" 1.00
Número suelto	" 0.10
Número atrasado	" 0.20

DIRECCIÓN } CALLE DEL OLIMAR, Núm. 149
Y ADMINISTRACIÓN }

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR---SEBASTIAN B. TORRES

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose a razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios del programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

ALMANAQUE

Viernes 11—San Proto, mártir.
Sábado 12—San Macedonio, mártir.
Sale el sol a las 6 y 4 y se pone a las 5 y 49.

EL CLAMOR PÚBLICO

Moralidad administrativa.

Trabajo penoso es, indudablemente, el que requiere la reorganización de un país en el cual la inmoralidad y el despilfarro hubieran de sentar plaza y solo una constancia infatigable, una voluntad de hierro podría abordar con éxito tamaña empresa, por cuanto habría de principiarse por la moralización y esto no se conseguiría a dos tirones, máximo en lo relativo a la hacienda pública, en ya mala administración desde muchos años atrás, ha dado casi fuerza de ley a usos y costumbres que, aunque constituyan un abuso, y mas que un abuso una dilapidación, su desarraigo demandaría gran trabajo, porque el contiguo ha cundido hasta en los empleados de segundo y tercer orden, debido quizás a que el escándalo dado por sus superiores los pone a salvo de una corrección tan justa como severa.

Y mientras tanto, las deudas del Estado, así como sus necesidades aumentan inmensamente a pesar de que los impuestos y contribuciones no están en relación proporcional al valor de la propiedad ni al giro del comercio, por su rezago.

¿Qué se hace, pues, del dinero? Difícil es la contestación; lo que si diremos, porque todos lo estamos viendo, es que sobre la Nación pesa una cantidad enorme de empleados, civiles y militares, a quienes la circunstancia de no recibir el sueldo con regularidad los coloca en la alternativa, o de sufrir toda clase de necesidades o valerse de medios reprobables para proporcionarse la subsistencia, ya sea explotando el empleo ya desahuciado para buscar fuera de él lo que les hace falta.

He aquí el origen del mal servicio que se nota en casi todas las reparticiones del Estado. Para poder exigir a un empleado la dedicación completa al cargo que se le confía, es indispensable que la remuneración que se le dé sea suficiente para subvenir a las necesidades de la vida y que el pago se haga con la mayor exactitud; pero desgraciadamente no es ésta la teoría que profesan nuestros gobernantes, cuando menos así lo demuestran sus hechos.

Ahí tenemos, por ejemplo, a la policía, uno de los ramos de la administración pública en que mas se nota la deficiencia de los empleados. Con frecuencia se oyen quejas contra tal o cual comisario, lamentándose de que se empleen personas tan poco idóneas.

La razón casi siempre asiste a los quejumbrosos, pero lo cierto

es, que, con el insignificante salario que se da a los empleados de policía, solo pueden avenirse a prestar ese servicio los a quienes espanta cualquier otro trabajo.

Si hay un empleo que requiera sueldos fuertes, lo es el de guardián del orden público, y sin embargo, entre nosotros es el que se mira con mas indiferencia por parte del gobierno, y con mas desprecio por parte del pueblo.

En otras partes es todo lo contrario. En Europa pasará desapercibida una gerarquía civil, militar o eclesiástica, pero un policía, un guardia civil o un *dattier*, nunca, porque se les tiene respeto y aprecio, y el público les auxilia como a fieles custodios de su vida y hacienda. Aquí la medalla es al revés: la masa de la población lejos de auxiliar a la policía, no pocas veces hace cuanto puede para entorpecer su acción, resultado genuino del poco respeto que se merecen funcionarios cansados de cometer abusos.

He aquí uno de los males resultantes producidos por la funesta costumbre de buscar empleos para las personas, en vez de proporcionarlos para los empleos, mal que se nota no tan solo en el servicio de seguridad pública, sino que tambien en casi todos los resortes de la administración.

Seguros estamos que el número de empleados en muchas oficinas podría reducirse a una tercera parte sin que se resentiera el buen servicio siempre que se escogiesen personas idóneas y se les retribuyera convenientemente, base esencial para el estímulo de deber.

Las economías que resultan del bajo sueldo que gozan ciertos empleados, entre los cuales figura en primer término el personal de policía, son muy mal entendidas, puesto que dan un resultado contraproducente al fin que se desea.

SECCIÓN AMENA

Un drama en el espacio

— Hombre mas curioso que D. Serapio Mantecon no le hay en el mundo.

— Ya dice él que no lo puede remediar, pero lo cierto es que su manía le ha costado serios disgustos.

Si va por la calle y ve a dos que se pelean, ya está metiéndose en medio para averiguar el origen de la cuestión a riesgo de que le descalabren.

En el café se dedica a inspeccionar a los parroquianos y hace preguntas a los mozos acerca de la posición social de cada uno, tratando de enterarse de lo que no le importa. En su afán de meterse en los asuntos ajenos, a veces algunas veces a los que se sientan en las mesas próximas a la suya que no tomen cognac porque es irritante o que mezclen la cerveza con el limon helado porque es mas digestiva, y en muchas ocasiones se le ha visto dirigirse al mozo, diciéndole:

— ¿Qué ha pedido aquel caballero de la esquina?

— Café.

— ¿Café? No le sirvas. Llévle una copa de aniseta, el café excita el sistema nervioso.

Nadie sabe las cosas que le han pasado a Mantecon por este afán de meterse en camisa de once varas.

Una vez quiso averiguar si era de palo una piqueta que usaba un amigo suyo y le pegó dos garrotazos a traición mientras el otro se estaba afeciendo; pero como el tal era muy bueno y tenia, a Dios gracias, las dos piernas muy expeditas, levantó la derecha y fueron tantos los puntapiés que descargó sobre D. Serapio, que tuvieron que llevarle a su casa envuelto en unos trapos.

Pero donde ocurrió lo verdaderamente grave fué en Córcega. D. Serapio era aficionadísimo a los viajes por que le proporcionaban ancho campo para sus investigaciones.

En Córcega asistió cierta noche a un circo ecuestre donde entre otras no habilidades se exhibía una hermosa mujer que bailaba en la maroma, levantaba siete arrobas con el pelo y se tragaba un sable corbo de caballería. La silla próxima a la de don Serapio, habia sido ocupada por un príncipe ruso, el cual dirigia sus gemelos sin cesar a la gentil titiritera.

— Es muy linda—había dicho el príncipe.—Las piernas parecen hechas a cincel.

— Quizte no sean suyas—añadió D. Serapio.

— ¿Cómo?

— Hay piernas artificiales.

El ruso no paró la atención en aquella prudente advertencia; pero D. Serapio, que habia concebido una sospecha terrible, se propuso descubrir el velo y establecer la verdad aun a costa de su sangre. Corrió a ver a la criada de la titiritera y se dio un buen golpe, que al día siguiente obtuvo de la sirvienta unas magníficas pantuflas de *cantuche* pertenecientes a su señorita. Esta poseía una soberbia colección y no era posible que notara la falta.

D. Serapio envolvió los falsos miembros en un periódico y se fué al circo.

Allí estaba el ruso, hablando de su proyectado matrimonio con la bella artista, dentro del cuarto de ésta.

— ¿Se puede?—preguntó D. Serapio desde la puerta.

— Adelante—contestó el ruso.

D. Serapio se presentó ante la amorosa pareja silencioso y grave.

Sin despegar los labios abrió el paquete, extrajo las consabidas pantuflas y las arrojó a los pies del moscovita.

Este retrocedió sorprendido; después, dirigiéndose a su amada, le dijo con acento solemne:

— Nuestra boda es imposible!

D. Serapio asistió diez años después a una función que se celebraba en el jardín del Buen Retiro.

En el ascender en su magnífico globo *Filadelfia* la capitana Zoa.

D. Serapio, que seguía siendo tan curioso como de costumbre, quiso ver el globo de cerca y se aproximó a la barquilla.

La orquesta, colocada en el kiosco, comenzó a tocar una galop. En aquel momento D. Serapio, dominado por la curiosidad, habia penetrado en la barquilla y examinaba con toda atención las cuerdas y anillos de hierro, como si de este examen dependiese el éxito de la ascension.

El público no le veía porque acababa de aparecer la aeronauta y todas las miradas se habian fijado en su gentil figura.

Ella saludó con un gracioso mohín y rápida como una sítila se agarró al trapecio que pendia del globo, a tiempo que D. Serapio andaba por el fondo de la barquilla para ver de qué estaba forrada.

Zoa dió un grito, que era la señal de partida; saltaron las amarras, el *Montgolfier* se columpió durante algunos segundos en el vacío, y después, con rapidéz vertiginosa, huyó al espacio.

Entonces fué cuando Mantecon conoció toda la gravedad de las circunstancias.

— ¡Dios mío! ¿Quién me ha mudado meteme aquí?—exclamó ocultándose en lo mas recóndito de aquella terrible prisión.

La capitana, después de hacer varios ejercicios en el trapecio, se agarró a la cuerda y subió a la barquilla pero antes de dejarse caer en el fondo lanzó un grito de sorpresa y de triunfo.

Acababa de reconocer a don Serapio, el verdugo de su dicha.

Porque la capitana y la titiritera de Córcega eran una misma persona.

— ¡Ya estoy vengada!...—gritó con acento terrible.

Y se lanzó como una leona sobre el aterrado Mantecon.

LUIS TABOADA.

Alrededor del mundo

SUMARIO

Los sueños.—Una teoría nueva.—Lo que hay que hacer para soñar lo que se quiere.—El hombre de las 3.333 mujeres y algunas mas.—La medicina fomentadora de las enfermedades.—Cómo crecen las uñas.—El agua que se evapora.

Hasta hace pocos años, para explicar los sueños no habia mas remedio que acudir al libro popular titulado *La llave de los sueños* o cosa análoga. En ellos, caerse a uno los dientes significaba pérdida de amistades; ver un perro, señal indudable de desgracia, etc., y lo raro del caso es que en todas las lenguas y en todos los países tenían los mismos ensueños igual interpretación.

Pero de algun tiempo a esta parte, la ciencia, que de todo se ocupa ya, ha dado en investigar el por qué tenemos pesadillas y el origen de los ensueños placenteros. Quien ha atribuido unas y otros a los alimentos y ha formado un cuadro exacto de las comidas que engendran determinadas imágenes; quien ha dicho que todo dependia del sistema nervioso del individuo; no ha faltado quien ha supuesto que el *quid* está en el mayor ó menor grado del durmiente y los mas han opinado que la cantidad de sangre fluída al cerebro era la causa principal de los ensueños.

Pero ahora un observador, Mr. Ives Lesage, nombre predestinado para un sabio de profesión, lanza al mundo desde las columnas de la autorizada *Revue Scientifique* una teoría completamente nueva y que parece la mas lógica de todas. ¿Tiene razon? No lo sé, pero prometo observarme a mimismo para verlo. Así lo ha hecho Mr. Lesage con su persona y con la de muchos amigos suyos y su conclusion es que la teoría expuesta por él es la verdadera y la definitiva.

Nos ha sucedido a todos, que deseando ardientemente soñar con la persona amada ó con el ser querido nos arrebató la muerte, hemos concentrado en ellos nuestro pensamiento, principalmente en las horas en que nos veíamos próximos a dormirmos esperando de esta suerte establecer en el espíritu una especie de lazo de continuacion entre la vigilia y el sueño. Casi nunca, sin embargo, hallaba realización nuestro deseo; soñábamos con todo menos con lo que queríamos. Y es que hacíamos precisamente lo contrario de lo que era menester.

Segun Mr. Lesage es menester pensar lo menos posible en la cosa ó en la persona que anhelamos sea objeto de nuestros ensueños.

Su teoría es esta. La vida se compone de impresiones que tienen su asiento en el cerebro. Cada impresion posee una energía mas ó menos grande, proporcionada al valor que atribuimos al acto que la sirvió de punto de partida. Si no viene nada a distraernos de las ideas que nos causó aquella impresion, ésta se desarrollará libremente e irá debilitándose hasta dejar al cerebro libre para recoger nuevas percepciones y volver a comenzar su trabajo de transformación del pensamiento. Pero no suele ocurrir esto. Sino que al contrario, en la vida agitada que llevamos, las impresiones se suceden rápidamente sin dar tiempo unas a otras para que se desarrollen y agoten su energía. Solo las mas importantes logran detenerse al gun tiempo en el pensamiento.

Las mas importantes no quedan, sin embargo, muertas para siempre y por completo. Llega el sueño y las impresiones que parecian dormidas se despiertan. Las ideas, descargadas del peso de las impresiones sucesivas, cobran su interrumpido desarrollo. Las mas olvidadas durante el día, aquellas cuya energía primitiva subsiste casi por entero, acaparan el pensamiento durante la noche y se despaclan a su gusto de las absolutas y sin freno del encéfalo dormido ó incapaz de resistir.

De tan sencilla explicacion se saca naturalmente esta ley a primera vista, opuesta a cuanto hasta ahora se habia creído; que en general soñamos de lo que no nos ha preocupado exclusivamente durante el día, y que las impresiones rechazadas ó descuidadas en el estado de vigilia son objeto casi exclusivo de nuestras preocupaciones nocturnas.

Ya se sabe por lo tanto; querremos huir de que alguna escena horrible que hemos visto se convierta por la noche en pesadilla, pues pensemos en ella durante el día; y si por el contrario deseamos soñar con algo de ameno, no fijemos en ella la imaginación, para no agolarla.

El hombre de las 3.333 mujeres

Precios sin competencia